

Erotismo y trivialización

Por ENRIQUE TIERNO GALVAN

El impulso erótico se asocia con todas las formas de la cultura. Se integra en estructuras propias y condiciona o determina a las demás, bien como causa, bien como efecto. Así el hijo legítimo, el adulterino o el sacrilego en el ámbito del derecho, o el rapto exogámico precedido de la lucha en los pueblos primitivos.

Este impulso apenas ha sido trivializado en el ámbito de la cultura de Occidente. Uno de los rasgos característicos de la cultura occidental ha sido la perspectiva profundamente seria, trágica y dramática, desde la cual ha considerado el impulso erótico. Casi no hay drama o tragedia cuya base no sea erotismo en conflicto. Estamos tan acostumbrados a este punto de vista que nos cuesta trabajo ver desde otro; desde la trivialización del impulso erótico.

Normalmente, la trivialización del impulso erótico es paralela a su depreciación intelectual. Se le considera base necesaria, pero inferior, de formas de vida y de actitudes intelectuales superiores. Así, por ejemplo, en la sublimación freudiana. La trivialización de las estructuras, o de los resultados sociales de un impulso, provoca, en cierto momento del proceso, el deseo de justificar la trivialización desde la negatividad del impulso. En éste, como en tantos otros casos, el miedo puede ser constructivo. En otro momento del proceso la trivialización se presenta con tal claridad que sólo cabe reconocerla. Las relaciones humanas y las estructuras se trivializan para todos y no es legítimo decir que sólo los inferiores han perdido el sentido de la profundidad de los modos de realizarse el impulso. Hoy es un hecho la trivialización del erotismo.

Quizás convenga, antes de proseguir, aclarar que empleo la expresión erotismo en el sentido de impulso hacia el sexo opuesto, com-

prendiendo el proceso de la satisfacción del impulso y sus diversos modos de estructuración social.

Por trivialización entiendo la nivelación de lo importante y lo ordinario. Todo es ordinario e importante a la vez, salvo la excepción o el caso. Casi todo es trivial hasta que se hace "caso". El "caso", como signo de nuestro momento cultural, designa el proceso general de la trivialización de la cultura al cual estamos asistiendo. En el fondo, el mundo de lo relativo se resuelve en "casos" en cuanto la trivialización es también relatividad. Caso es precisamente la excepción en un mundo trivial.

Pero mi intención es simplemente dejar establecido que:

1.º *Asistimos a una trivialización del impulso erótico sin precedentes históricos proporcionados.* Partiendo de este hecho, que, a mi juicio, afecta a los modos y estructuras elementales de convivencia intento aclarar,

2.º *qué significa eso y qué dice sobre la cultura occidental actual.*

3.º Y, en concreto, si puede servirnos este punto de vista para *explicar la trivialización del poder político y su estructura de cambio.*

I

TRIVIALIZACIÓN Y ASCÉTICA

La trivialización de un impulso no quiere decir desvitalización, quiere decir, por ejemplo, que cada día se mata menos por celos, que la honra tiende a vincularse y prestigiar otros hechos que no son los eróticos, pues éstos van perdiendo virtualidad institucional y poder de obligar. Incluso en países que, como España, habían quedado al margen, en general, del proceso, se nota la trivialización.

Ahora bien, si trivialización no significa falta de vitalidad parece que estamos ante el hecho de que sean más normales, fáciles, asequibles y ordinarias, cosas que antes eran difíciles y peligrosas. Y esto desde dos extremos; la sanción institucional y los propios prejuicios. Desde el punto de vista de los propios prejuicios, la expresión más sencilla de la trivialización sería la falta de ascética. Una trivialización general y profunda es paralela a la desaparición de ciertas formas de ascesis. Hay trivialidad donde no hay ascética.

La ascética erótica fué una imposición cristiana sobre la cultura antigua y también la raíz de su fuerza. Una elite de pensadores griegos impusieron, en contra del sentido popular, hacia principios del siglo IV, una ascética personal vinculada a la vida contemplati-

va del sabio. No era, en ningún caso, la ascética para todos que el cristianismo introdujo como deber moral. Cuando esta idea ascética se impuso, el erotismo alcanzó una fuerza enorme y se convirtió en piedra de toque de la virtud para las masas occidentales. El hombre occidental se entrenó, en un proceso de siglos, para conseguir un sistema de inhibiciones eróticas, y la cultura occidental se diferenció absolutamente del resto de las culturas del mundo. Las masas occidentales tenían como un ideal y una obligación la ascética erótica en cualquiera de sus formas y grados. No hay duda, a mi juicio, que la obra de Freud es una explicación exclusivamente occidental, que resulta incomprensible, pese a sus deseos de universalidad, en otro ámbito cultural cualquiera. Es el hombre inhibido y enfermo por la ascética erótica, el hombre que Freud ve. Sin embargo, esta ascética ha sido el origen de la dinamicidad y fuerza expansiva de los europeos.

Si trivialización equivale a la desaparición de las ascéticas tradicionales y, en el caso a que me refiero, a la que es base y fundamento, la erótica, es incuestionable que el signo más claro de nuestra época de cambio, la trivialidad, plantea el problema de la vida sin ascética y los beneficios y posibilidades de tal vida. No se trata de hacer un juicio moral, ni tampoco un juicio estético o histórico, sino una descripción fundándose en los hechos. Trivialización supone conformismo. El conformismo es el contrario vital de la ascética. En Occidente hace años que se defiende el conformismo moral, el erótico, el político. La pregunta puede, pues, plantearse así: ¿Acabado el proceso de trivialización, el conformismo perderá los elementos peyorativos y será la expresión de la felicidad en el orden de la convivencia? Lo que es tanto como decir que la pérdida de las ascéticas abre el camino a una felicidad no cristiana. Hay, sin duda, muchos intelectuales que opinan así. Implícita o explícitamente es el caso de filósofos de la actitud de Russell y de los sociólogos positivistas, en uno u otro sentido. Porque conformismo significa la actitud del hombre trivializado que durante el proceso de la trivialización confía en una nueva era en la que la ascética no sea la razón y sentido de la cultura.

Pero hay quienes dicen que un principio ascético es inexcusable. Que aparecerá uno nuevo, o resurgirá el antiguo, y otra vez habrá drama y tragedia y nos sentiremos seducidos por el significado erótico del arte plástico y la literatura. Es posible. Sin embargo, en el momento actual los hechos dicen que la trivialización provoca un cierto miedo y un proceso falso de confianza y entusiasmo por los prejuicios, y que este proceso es trivial; no va acompañado de ninguna ascética aunque lo pretenda. Fundamentalmente, los que le

defienden son conformistas, porque no cabe otra actitud, vivida con profundidad, en nuestra época, que la trivialización. Es paradójico, pero es cierto que el conformismo es el modo más auténtico de vivir nuestra situación actual en cuanto estamos en el proceso de la trivialización. Pero el conformismo, en cuanto acepta, en parte o en todo, la reducción a la trivialización, pierde el sentido del altruismo, del sacrificio, de la autonegación cristiana. Su fórmula es la fórmula del *bienestar*. El bienestar es la conclusión inexcusable del encadenamiento cuyo primer eslabón es la trivialidad. Sin embargo, el bienestar no alcanzado es la meta de los que viven el conformismo y confían alcanzarlo. No dicen claramente que son conformistas, pero buscan el bienestar desde la trivialización negando implícitamente toda ascética. La actitud más sincera es la de los que dicen: "busquemos el bienestar, pues lo demás es secundario". Sólo un grupo humano muy limitado, la elite inexcusable, podrá crearse formas ascéticas de vida, pero de orden rigurosamente privado y sin pedir nada al bienestar de los demás. Ascética rigurosamente voluntaria y más en conexión con la propia satisfacción que con el padecimiento. Son muy pocos quienes profesan abiertamente esta actitud. La mayoría de los intelectuales europeos son conformistas y al mismo tiempo buscan una ascética masiva nueva o el fortalecimiento de la antigua. Es típico el caso de Camus. En este sentido, la mayoría de los intelectuales europeos están en un proceso falso de confianza y entusiasmo por viejos prejuicios. Como pregunta lateral, pero esclarecedora, cabe ésta: ¿cuál es el deber moral del intelectual en la época de la trivialización? Quienes tienen conciencia del primado del conformismo, responden sin titubeos: destruir. La destrucción de los viejos prejuicios acelerará el proceso de la trivialización y el logro del bienestar como bien supremo. Se trata de la antiascética, propuesta desde una ascesis personal satisfactoria.

Quienes desde el conformismo defienden con más o menos rigor los viejos prejuicios, responderán: renovar la ascética, crear una ascética para todos; los hombres no pueden vivir sin un ideal ascético... pero luchemos por el bienestar y gocemos de él.

* * *

Necesariamente he de volver al punto de partida, a la trivialización erótica, pero antes conviene, para que resulte más claro lo que tan desordenadamente voy diciendo, decir algo más de la palabra mágica *bienestar*.

Hoy la libertad se identifica con el bienestar. ¿Qué quiere decir esto? Que se es libre cuando se vive bien y más libre cuanto mejor

se vive. La libertad ya no exige ascética. Rigurosamente lo contrario de lo que se ha opinado, por políticos y filósofos hasta hoy, para los cuales la consecución plena de la libertad, incluso de la libertad política, exigía el sacrificio de los impulsos elementales. Este sacrificio impidió la trivialización de la libertad, y promovió que se luchara y muriera por ella. Parece que hoy la mayoría quiere vivir más y mejor sin que una excesiva ambición perturbe su bienestar, y pide administradores y políticos que no exijan esfuerzos por la libertad y garanticen un bienestar del cual cierto grado de libertad forma parte; la libertad necesaria para que el bienestar sea posible. Así han surgido las dictaduras del bienestar, ideal contradictorio de muchos que no quieren el conformismo.

Pero volvamos al comienzo y consideremos la trivialización de los efectos sociales de los impulsos básicos. Por lo pronto es obvio que el erotismo ha alimentado el arte occidental, desde la idea de que la belleza contenía, limitaba e, incluso en ocasiones, inhibía el impulso. La belleza expresaba el ascetismo erótico, en cuanto el impulso quedaba vencido por la belleza. Desde luego apenas es posible comprender cómo se pudieron admitir tales lucubraciones, pero es cierto que se admitía que la belleza "ponía entre paréntesis" la atracción sexual. El erotismo surgía en otro plano y momento que no eran estéticos. En términos generales, se puede decir que la belleza alcanzaba la perfección cuando reprimía el impulso instintivo. En nuestra época de trivialización, el erotismo ha dejado de "estar entre paréntesis". Ha aparecido sin exigencia de represión ascética y el arte plástico, la música incluso, se han trivializado.

En el fondo, desde Picasso al arte abstracto no hay sino un intento, quizás fracasado, de eliminar el erotismo. En otras palabras, ¿puede haber belleza sin poner entre paréntesis el erotismo? ¿No será la belleza erotismo sin deseo? Picasso no pone entre paréntesis; excluye, y su arte, como el arte abstracto actual, es pura trivialización y conformismo. También lo es el realismo convencional, en que lo erótico aparece sin paréntesis. Incluso en obras de arte relativamente lejanas, en la familia de Carlos IV de Goya, hay excelentes ejemplos de lo que digo. Por una u otra razón el artista no puso entre paréntesis el elemento erótico. Pintó un cuadro sin ascética e hizo una obra en la que la trivialización de lo erótico es manifiesta. Quizás por eso sea un cuadro hasta cierto punto moderno. Por otra parte, la intromisión del erotismo, en su forma trivial, en un cuadro de personas reales deshace el poder. Son reyes que no tienen, en sentido directo y primario, el poder. Quizás gocen de él, pero no lo "tienen" ,como lo tenían otros reyes absolutos de su tiempo. Así puedo, con un cierto fundamento, anticipar mi tesis. La ascética del

poder implica poner lo erótico entre paréntesis. La trivialización del erotismo y la trivialización del poder son paralelas. Nuestro tiempo —tiempo de conformismo— es el tiempo de la trivialización del poder.

Pero hemos de considerar el caso del comunismo como pretensión de imponer una ascética absolutamente nueva. La profundidad del comunismo, e incuestionablemente su seducción, proceden de este hecho. Aunque las masas occidentales, europeas y americanas, viven el conformismo y avanzan hacia la solución incoada en el conformismo y la trivialización, es innegable que el hombre popular, económicamente preterido o humillado, acoge con simpatía una nueva ascética. No tiene fuerza hoy una propaganda construida sobre el supuesto de “domina tus impulsos, porque la carne significa el mal o el origen del mal”, pero sí la tiene decir a los pobres: “El pobre es hoy el protagonista de la historia del mundo. Por primera vez es el señor de la historia y debe obedecer y sacrificarse por un dominio que traerá la felicidad a *este* mundo”. Es evidente que en ciertos sectores orientales y en general en las regiones técnicamente poco desarrolladas, este nuevo mesianismo lucha y en ocasiones vence a los viejos prejuicios. En las partes de un nivel de vida alto el comunismo se convertirá fácilmente en conformismo. En U. S. A. el conformismo es el credo nacional. Es esa extraña fórmula de *vivir y dejar vivir*, expresión profunda de un cierto sentido del bienestar.

Pero, ¿cuál es la ascética que el comunismo propone en sustitución de la ascética cristiana del erotismo? Repito que no creo que el comunismo triunfe en países de nivel de vida alto, cuyo signo es el signo del conformismo. Sin embargo, en determinadas condiciones triunfa porque propone una ascética nueva: la ascética de lo absoluto. Para un comunista no hay nada absoluto *aunque viva en una dogmática férrea*. Esta es precisamente la raíz de este ascetismo, que no cree en lo absoluto aunque viva en lo absoluto. Obedecer, padecer, morir si es preciso, pero con la convicción de que se obedece, padece, muere, por un momento del proceso dialéctico cuya conexión con el siguiente tiene un amplio margen de indeterminación. No hay nada absoluto. Ni la propiedad, en cuanto momento absoluto de la posesión, ni el poder, en cuanto momento absoluto de la supervivencia, ni la historia, que cambia, ni la producción, ni el consumo. Para el individuo nada hay absoluto. El cristiano puede vivir ascéticamente en función de la divinidad, el comunista no.

Es curioso que el hombre trivializado y el comunista coincidan en la relatividad. Relatividad de muy distinto sentido, pero es de

suponer que, según el nivel de vida suba y la ciencia progrese, todo acabe en un conformismo relativo y trivial (1).

La forma política del sector del mundo en que predomine la ascética de lo absoluto sólo puede ser la que admiten conscientemente y defienden los que constituyen la elite que impone tal ascética, sin que deje nunca de ser una dictadura. Sólo desde una dictadura inexorable es posible imponer la ascética de lo absoluto, mucho más difícil de practicar que la ascética del erotismo que impuso la religión cristiana. La ascética cristiana es total, va desde los instintos hasta el comportamiento. La ascética comunista omite la naturaleza. De aquí su dificultad. Los instintos realizan libremente su juego, pero en el ámbito de esta libertad no cabe el desorden social porque al hombre se impone la ascética de la propiedad, del trabajo e incluso de la familia. Es una ascética parcial que afecta casi exclusivamente a las estructuras de la convivencia. No hay trivialización porque lo erótico no está "entre paréntesis", está simplemente en otro plano. Es natural que una ascética tan difícil, en cuanto suben los niveles de vida, dé en el conformismo.

No es mi propósito señalar las repercusiones de la trivialización o de la ascética de lo absoluto en el ámbito artístico, pero habíamos insinuado algo anteriormente que requiere una cierta explicación. ¿Caben tragedia y drama en el ámbito del erotismo trivializado? A mi juicio, en esta pregunta está el principio y el fin de la problemática de teatros como el de Sartre. La respuesta podría ser ésta: ha aparecido una nueva tragedia. Una tragedia sin ascética, sumamente parecida a la griega clásica, en la que *lo trivial es el destino*. La tragedia del conformismo es el propio conformismo.

En cuanto al drama, se recluye en el "caso". Sólo en los "casos", en las zonas patológicas, el erotismo pierde trivialidad y se hace resistente. Quizás la otra fuente viva de dramatismo para el occidental, hoy esté en la expresión de las formas de negación del bienestar. Para el hombre trivializado es legítimo lo que mejora sin riesgos del bienestar. En este sentido, el drama negador expresa la intuición de la ilegitimidad.

El conformismo, igual que la trivialización, son transitorios, apuntan a un período sin ascética y sin el vacío y la nostalgia de ascética: al hombre futuro, carente de intimidad, para el cual la estética estará integrada en el bienestar.

(1) Más allá del conformismo no hay ni absoluto ni relativo ni intimidad. Véase mi en-

sayo "La Realidad como Resultado", en el número 13/15 de este mismo *Boletín*.

II

DISTANCIAMIENTO

¿Por qué las fábulas —me refiero a las fábulas de que son protagonistas los animales— carecen de erotismo? La fábula prescinde del erotismo, ¿por qué? Hay sin duda una razón moral en cuanto la fábula tiene un sentido didáctico. No es bueno enseñar con malos ejemplos. Pero quizás haya una razón más profunda. La fábula de animales encierra, en general, un significado político, es, de un modo u otro, una teoría del poder político y en una teoría o contemplación del poder el erotismo pierde sentido. El poder anula el primado del erotismo. La dialéctica del poder no incluye en ninguno de sus momentos el impulso erótico. Lo pone entre paréntesis de modo absoluto, y, cuando aparece, destruye o potencia el poder, no lo integra. La razón de Estado es rigurosamente distinta a la razón erótica. La fábula puede expresar mejor que cualquier otro estilo literario las condiciones del poder porque anula el impulso erótico, ni siquiera lo pone entre paréntesis, lo anula y hace del poder su dimensión única. Por eso la fábula resulta a la vez, rigurosamente artificiosa y siempre lejana y puro ejemplo. Porque es un poder humano vivido por animales, la fábula ofrece un poder convencional, desvitalizado, que se expresa en situaciones tipo. Pero las notas del poder se presentan con singular claridad. No admite el erotismo en su propia dialéctica. Quizá esto contribuya a explicar la especial capacidad de sujetos sexualmente poco activos o no activos para manejar el poder político y su obsesionante deseo de poseerle. El erotismo en estos casos, desde su origen, está entre paréntesis.

La presentación del poder en la pura abstracción de su propia dialéctica está en relación con el hecho de que la fábula es un género literario de los períodos de absolutismo político. La tradición dice que es un género perfeccionado por esclavos y la reaparición de la fábula en el Renacimiento modifica substantivamente, a mi juicio, desde la perspectiva del poder, los fabularios medievales.

Que la fábula sea género propio del absolutismo en cuanto la fábula expresa poder político o poder social explica el sentido constante de sus "moralejas"; prudencia ante el poder. La moral de las fábulas es la moral del respeto al poder. Por un proceso de inducción, en cuya base hay una común experiencia, el fabulista induce de una situación tipo, que el poder es: a) *respetable*, pues está exigido por su propio ejercicio y aplicación que quien no le respete sucumba; b) *última decisión*, ya que el poder supremo es la decisión suprema, y la calidad del poder no define la fuerza del poder;

c) es *inmediato* a quien lo posee y a quien lo soporta. Raras veces la fábula presenta al poder como atributo de la institución. Lo ofrece poseído por alguien. Es siempre poder personalizado. En este sentido, la fábula ofrece una descripción perfecta del poder político y su dialéctica, como poder *no trivializado*. Pero, por la misma razón, no expresa el poder en el período de trivialización. Las notas que le definen en este período —como aspiración teórica y también, en parte, en cuanto hecho—, son las contrarias. El poder político se considera en cada situación *conveniente* y, por lo tanto, racional y admitido *sin resistencia*. Organizado en instituciones que actúan por *modo diluido* y no personalizado. Ninguna fábula ha expresado esto porque es difícil expresar esto “en situación”. Por otra parte, este poder trivializado es compatible con el erotismo. No exige ascética.

Pero del poder no fabulable y sus notas quiero sacar simplemente un hecho que me permitirá insistir, desde una perspectiva nueva, en lo que ya he dicho: el distanciamiento. Una de las características del poder político está, a mi juicio, en la inmediatidad del poder con quien detenta el poder. Los esfuerzos del liberalismo, e incluso de las democracias modernas, para separar ambos factores, han sido hasta cierto punto inútiles. El dinero, por ejemplo, se tiene con una cierta distancia que equivale a la conciencia de que es un medio para alcanzar algo, pero el poder político es de tal modo inmediato que no hay distancia psicológica entre el detentador del poder y el poder. Lo más que hay es conciencia de la superioridad del poder respecto de quien lo posee, como en los casos de dictadores o reyes incapaces, pero esta conciencia aún identifica más con el poder. “L’Etat c’est moi” quiere decir, yo soy el poder.

Pero el poder, en cuanto se aplica, es decir, en cuanto es tal poder, se cualifica por el vencimiento de una cierta resistencia, potencial o actual. Un poder que no se impone no es poder. Y el detentador del poder tiene conciencia de su futilidad. A mi juicio, en esto consiste la trivialización del poder, en que funcione como una necesidad aceptada y conveniente, con la que estamos de acuerdo en cuanto tiende a confundirse con la administración. Este es un viejo ideal que no ha comenzado a tener vigencia hasta hoy, cuando a la mayoría de la gente no le importa quién le gobierne con tal que le administre bien. Es la actitud política que mejor se aviene con el bienestar y el conformismo. Las formas políticas que mejor se avienen con la trivialización son la dictadura del bienestar, real o ficticia, y la democracia plural con múltiples centros de autogo-

bierno dominados por los grupos de intereses. Todas las dictaduras contemporáneas han pretendido y pretenden serlo del bienestar. El dictador o los grupos dictatoriales saben que ya no se mueve con facilidad a los pueblos por el espíritu de aventura o vagos ideales y "ofrecen" mejorar el nivel de vida. La trivialización del poder ha originado un tipo de dictadura absolutamente nueva, uno de cuyos ingredientes es la indiferencia del pueblo y su desconexión emocional respecto del poder.

El poder, en el ámbito de la cultura occidental, ha exigido ascética y una ascética muy dura. No se trata, en muchos casos, de un ascetismo regular y regulado, sino de lo que pudiéramos llamar la ascética de la fragilidad; vencerse en las ocasiones difíciles. Que nada sea frágil en cuanto el poder entra en juego. La tendencia general de los teóricos occidentales ha consistido en admitir que la fragilidad, y la ascética correspondiente, eran tanto mayores cuanto más institucionalizado estaba el poder. De aquí la pretensión de institucionalizar el poder vinculándolo a la institución y no a la persona. Pero con esto no se lograba evitar que, en cualquier momento, el poder se convirtiese en una exigencia inmediata de respuesta, y cuando esta exigencia surge, se pone de manifiesto cómo el poder pone al impulso erótico —también a la fe— entre paréntesis. La ascética del poder está precisamente en la amenaza permanente de su inestabilidad y de sus exigencias últimas. Desde esta ascética, cualquier tirano vive el poder de un modo tan profundo como el creyente la fe.

La trivialización del poder lleva a la trivialización del erotismo, y a la inversa. En una sociedad en la que la importancia de lo erótico no rebasa sus propios límites, es decir, en la que no hay ascética erótica, el poder político tiende a hacerse meramente funcional porque los súbditos *no se interesan*. Será un poder sin resistencias, cuanto más un turbio juego de intereses. *A la base de la tensión política está la exigencia de una ascética erótica*, un sistema generalizado de instituciones ante la carne y el placer. En este sentido, del cristianismo procede el poder político en su forma más pura y peligrosa. Nietzsche expuso en la brevedad de una observación aforismática, el centro y fundamento de mi opinión. Dice Nietzsche: "*Amor y honor*. El amor desea, el miedo evita. Por ello ocurre que la misma persona, poquitas veces en la misma situación, sea al mismo tiempo amada y reverenciada. Pues el que reverencia, reconoce consciente el poder, lo teme: Su característica es el temor reverencial. El amor, sin empuje, no reconoce el poder, pues no reconoce nada que separe, desuna u ordene según inferioridad o

superioridad. Precisamente porque no les rinde pleitesía, los hombres reverenciados, pública o privadamente son reacios al amor." (2).

No se trata, desde mi punto de vista, de una cuestión meramente psicológica. Es una sociedad en su conjunto la que desde la trivialización busca el bienestar, y la totalidad de las actitudes y estructuras cambia. En este cambio lo esencial en el orden político es la ruptura y liquidación de las formas de poder, y del contenido del poder, que provienen de la ascética.

Nada de lo que he dicho, tiene, como es comprensible, un valor absoluto. No quiere decir que los occidentales hayan perdido una determinada facultad o que se haya paralizado o mitigado un cierto impulso. Tampoco que no sean capaces del sacrificio personal por una idea o del entusiasmo colectivo por un credo. Pero sí quiere decir que la trivialización es la actitud más generalizada y desde la que es necesario partir para interpretar la estructura y las actitudes de los occidentales. Han cambiado los núdulos de interés y este cambio afecta sustantivamente al poder político. El poder se adquiere venciendo limitaciones desde ciertas limitaciones y el conformismo tiende a hacer de la limitación bienestar. El cambio en los núcleos de interés produce el distanciamiento respecto de los antiguos núcleos. Psicológicamente se traduce en indiferencia, como hemos visto, y estructuralmente en una cierta debilitación de las instituciones. El distanciamiento con relación al poder ha quitado radicalidad a la relación amigo-enemigo. El núcleo de interés que substituye en el ámbito del bienestar a la relación amigo-enemigo es el entusiasmo por los negocios y las relaciones económicas que implican posibilidad de mejorar de nivel. Pero, como observé anteriormente, la inmediaticidad que se da con relación al poder, no se da con relación a los negocios o la pura y simple administración. La trivialización ha producido un distanciamiento cuyo efecto más próximo ha sido acercar al individuo a las estructuras de grupo, quizás como nunca lo ha estado. En la medida en que no hay ascética y la intimidad tiende a desaparecer, el hombre se hace público y la vieja antinomia individuo-colectividad pierde contenido vital. En un mundo trivializado *somos* las estructuras que definen la convivencia, en el sentido de que no nos sentimos diferentes o separados de ellas. Esta es también una de las características y condiciones del bienestar. También explica el "caso" y el auge de la categoría grupo. La importancia actual de la sociología, en cuanto análisis de estruc-

(2) NIETZSCHE, *Observaciones aforismáticas sobre Cultura, Estado y Educación*. Werke

Band III, pág. 390, observación 603, Leipzig, 1906.

turas y de los modos y condiciones de las estructuras, es un testimonio de las exigencias de la situación que describimos.

Las cuestiones políticas surgen ahora poseídas de un nuevo interés. Por lo pronto, toda forma política es buena en cuanto fomenta el bienestar. Las formas políticas no se valoran desde principios que a su vez imponen concepciones del mundo. República, monarquía, dictadura no expresan un cierto primado ideológico, sino modos de organización de las instituciones básicas en función del bienestar. Al hombre distanciado le preocupa fundamentalmente "vivir mejor" y elimina o tiende a eliminar de las formas de Gobierno los supuestos morales, y, en general, los entusiasmos e irracionalidades. De las formas de gobierno clásicas ninguna se corresponde directa y especialmente con el conformismo del bienestar. A mi juicio, una palabra ha venido a recoger el conjunto de significados políticos, efectivos o no, que pertenecen a la situación del hombre distanciado; la palabra "democracia". Se entiende que hay democracia donde hay, o se pretende que haya, bienestar. El hombre democrático no defiende la libertad, sino el bienestar, y dentro del bienestar la necesaria dosis de libertad. La libertad es un ingrediente del bienestar, no un principio. Es explicable que, en el ámbito de la cultura occidental, el sacrificio por la libertad sea, cada día más, una quimera. Dictadores risibles se sostienen simplemente porque el hombre distanciado de las clases dirigentes no quiere perder su relativo bienestar. Incluso los que pertenecen a los grupos míseros no sienten el impulso del sacrificio. En un horizonte, definido sobre todo por el logro del bienestar, el sacrificio pierde sentido. El sacrificio es la situación límite de la ascética. Las tesis democráticas de Rousseau, las sutilezas de los modernos sobre el alcance y sentido de la democracia, de Kelsen y Niebuhr, por ejemplo, están igualmente anticuadas: Democracia es hoy la expresión política del bienestar.

Por otra parte, el hombre distanciado, o democrático, no es, quizás no sea nunca, un patrón universal absoluto. Siempre quedan los que necesitan de la ascética. El Renacimiento provocó, como consecuencia de la elevación de los niveles de vida y de un cierto progreso fabril y comercial, cierto primado del bienestar, pero las reacciones ascéticas fueron inmediatas y en muchos aspectos superiores. Hoy ocurre algo parecido, pero sin grandeza. El espíritu ascético carece de vigor. Quizás esto explique que los nuevos intentos ascéticos, resulten y sean anormales en el mundo del bienestar, y adopten procedimientos crueles, y que una cierta vena de sadismo y enfermedad nutra a todos ellos. La ascética en lugar de ser testimonio de cierta superioridad se ha convertido en testimonio de cierta inferioridad patológica. El ejemplo es claro en la moderna ascética de los partidos

totalitarios. A la larga, es muy difícil cuantificar esta largura, la ascética será pura aberración en cuanto ascética con doctrina.

En relación con el hecho del distanciamiento, y trivialización, está el aumento de explicaciones. El hombre que puede explicar o que cree que se pueden explicar casi todos los hechos, tiende a relativizarlos y distanciarse. La explicación aumenta en extensión y nivel y afecta a todos los órdenes, al mecanismo de los instintos lo mismo que al proceso de la intimidad. Hay una vieja fórmula "comprender es tolerar" que expresa la antiascética en sus formas más efectivas.